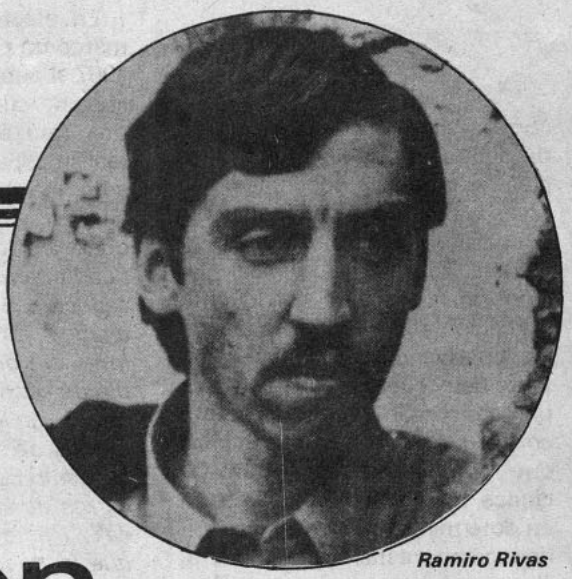


Ramiro Rivas

La novísima generación o generación del 70

Ramiro Rivas

Corrientemente la inmediatez de las producciones literarias dificultan la valoración ecuánime de una generación. En nuestro país estamos curados de espanto con las llamadas generaciones literarias. Mucho se escribió acerca de la generación del 38 o la del 50 por nombrar las más próximas. Cosecharon detractores (los excluidos) y aduladores (los antologados). Ahora no deseamos pecar de pedantería al hablar de generación del 70 o nueva narrativa chilena. Para ello deberíamos analizar qué se entiende por generación, qué puntos coincidentes tienen con las generaciones anteriores o qué aportes nuevos encierran en sus producciones tales narradores, esencialmente en el ámbito del cuento, que es el que nos ocupa. El motivo de este artículo no es ése. Sólo un llamado de atención para que los estudiosos se ocupen de estas materias.

¿Cuál es el punto de convergencia de estos escritores? Como primera medida habría que considerar el lenguaje. De ahí arranca la renovación efectiva. Estos narradores dan sepultura al seudo-lirismo, al seudo-filosofar, o la maraña metafísica, al costante falseamiento de la historia, a la adoración mitificada de la anécdota. En su gran mayoría dejaron atrás los caducos moldes del narrador omnisciente. Se dejó de narrar desde el exterior, desde ese atalaya que todo lo abarca. Se puede utilizar la temática urbano-social, por ejemplo, sin que el autor esté tomando partido o dictándonos cátedra insistentemente, como la generación del 38. (En este aspecto la generación del 50 fue más positiva). La corriente de conciencia, el lenguaje vivencial; el propio lenguaje coloquial con altura estética, ausentes en nuestra narrativa predecesora; la desacralización de un sinnúmero de mitos, la paleteada final a un esteticismo ramplón y cursi; el lenguaje oral con todas sus alternativas, con todo su descaro; el erotismo sin falsas mamposterías morales; todo este cúmulo de enumeraciones cobra vitalidad y frescura en estos nuevos narradores chilenos.

Uno de estos cuentistas lo sintetiza así: *"Los autores narran sin concesión, sin pudor, esgrimiendo todos los niveles de la vida, a veces con una violencia verbal feroz, con el estallido del garabato que, sin duda, es una de las herramientas que emplea el chileno para enfrentarse a los combates serios de la existencia". (Manuel Miranda).* Esta

convergencia por la esencialidad del lenguaje y su estructura es positiva para esta generación. Ya no es la búsqueda sistemática del tema, sino una atmósfera determinada, rompiendo la lineal planificación obsoleta del cuento tradicional. La yuxtaposición de planos vivenciales; el fluir constante del recuerdo; el hablante en primera persona; el acercamiento con el lector; el lector-cómplice que reconstruye esas parcelaciones y las continúa o las sitúa en determinadas épocas, van enriqueciendo estas narraciones al desempolvarlas de lo supérfluo. Esta constante tentativa de situarnos en medio de una realidad determinada, cobra veracidad dramática. El erotismo es pieza angular en estos narradores.

¿Qué los agrupa, qué los hermana?

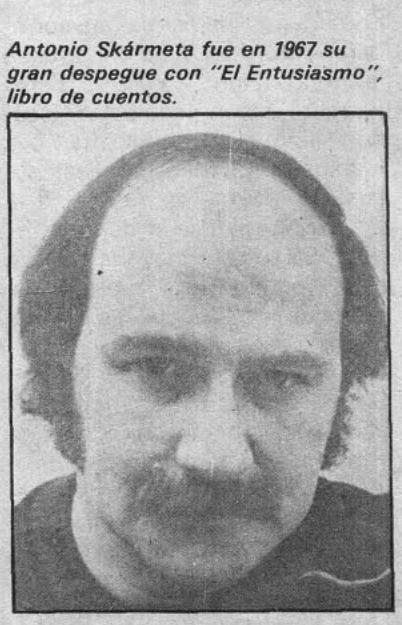
Antonio Skármeta, uno de los más importantes cuentistas de esta generación, ha sido explícito al decir: *"Pertenezco a una generación irónica contra los ampulosos manipuladores del vacío burgués. Pertenezco a una generación de escritores que ama su oficio y no lo bastardean. Pertenezco a una generación que entiende el lenguaje de los hippies, de los yippies, de los jóvenes de Mayo de Francia. Pertenezco a una generación que creó la mejor música del siglo. Pertenezco a una generación que no abomina de la alegría de vivir".* Es decir, como el mismo lo aclara más adelante en una entrevita, es una generación tribal, de grupo, porque aman a su prójimo y comparten una misma actitud ante la vida. Pero insistamos. ¿Qué los ubica en una generación determinada? Apliquemos la siguiente dicotomía: la exactitud casi cronológica de la mayoría de las publicaciones, todas realizadas entre los años 67 al 72, vale decir los años 70 que marcarían una nueva década; y las edades, todos nacidos entre los años 36 al 45.

En efecto, Antonio Skármeta marcó un paso importante el año 1967 al publicar "El Entusiasmo", libro de cuentos que rompe con una tradición monolítica de un realismo plano arrastrado desde antes de la generación del 38, y deja atrás a la generación del 50 que a decir de *Mario Rodríguez: "La generación del 50 prefirió los aspectos fáciles, los temas publicitarios, en rigor, lo epidérmico. Imitó sin discriminación. Pretendió un cosmopolitismo, que en el mejor de los casos, lo llamaría falso, y de este modo, banalizó, y al mismo tiempo, desprestigió los logros de la novela contemporánea".* Y agrega: *"Ello contribuyó a que la tradición naturalista o en última instancia, el neorrealismo, aparecieran como formas literarias más auténticas que el falaz surrealismo de esta generación".*

No obstante estos juicios lapidarios, reconocemos que se equivocó —en parte por lo apresurado de los juicios sobre una generación incipiente que dio logros ulteriores como "El Obsceno Pájaro de la Noche", v.gr.—, puesto que no podemos dejar de reconocer a autores de la categoría de José Donoso, Jorge Edwards, Blanco, Pablo García, Cassígoli, Lafourcade, todos autores de obras importantes en nuestra narrativa de hoy. Sin embargo la generación que nos ocupa, sin desconocer a sus predecesores, sin jugar el papel de "parricidas" o rupturistas, jamás se nutrió de sus fuentes. Quizás Parra o Droguett pudieran ser las excepciones. Sus posibles influencias o afinidades habría que indagarlas en la literatura norteamericana: Salinger, Kerouac, Faulkner, Mailler, Hemingway, Bellow. O latinoamericano, especialmente Cortázar, Vargas Llosa, Onetti, casi nada de García Márquez, algo de Benedetti y Cabrera Infante, para unos pocos Otero Silva de "Cuando Quiero Llorar no Lloro" que rompió con todos los preceptos de la novela tradicional, o simplemente generaciones afines como la mexicana (José Agustín, Gustavo Sainz, Vicente Leñero, etc.), venezolana (Adriano González León, Luis Britto García, Fco. Massiani) o argentina (Abelardo Castillo, Puig, Gudiño Kieffer, Daniel Ortiz, etc.) muy conocida por estos autores.

Posteriormente, en 1969, Skármeta publica "Desnudo en el Tejado", libro que marca un profundo surco por cuyo cauce fluirá la verdadera nueva narrativa chilena, lenguaje que derrumbó mitos y esquemas arcaicos, en

Antonio Skármeta fue en 1967 su gran despegue con "El Entusiasmo", libro de cuentos.



Carlos Olivarez autor de "Concentración de Bicicletas" (1971).

Fernando Jerez autor de "Los sueños quedan atrás" (1960) y "Déjame tener miedo" (1971).

Poli Délano autor de "Gente solitaria" (1961), "Cero a la izquierda" (1966), gran fuerza en su narrativa quien junto a Skármeta encabeza la generación innovadora.

que *"cada palabra, como un engranaje sin fin, tira del rabo a la que viene y ésta no se detiene y apura el tranco, y entonces la línea narrativa agarra velocidad y se vuelve cinética (sin recurrir a recuentos o a interpolaciones, sin mixturar espacios) que es una de las características de la lírica de Skármeta (H. Lavín Cerda)".*

Junto a estos dos excelentes libros brota la eclosión de narradores jóvenes: Carlos Olivarez, autor de "Concentración de Bicicletas" (1971), que incorpora a la narrativa chilena la presencia del personaje joven de nuestros días, del universitario de provincia con sus conflictos existenciales en la gran urbe que lo aplasta y denigra. Hay en Olivarez una verdadera pasión de ser verdadero, de escribir como se respira, creando un lenguaje de gran ritmo narrativo, verbalizando sustantivos que recrean el idioma, lo vivifican y lo tornan gozoso y vital. Otro autor, Poli Délano, que ya había publicado varios libros de cuentos y una novela (véanse sus libros "Gente Solitaria" (1961), "Cambalache" (1968), "Cero a la Izquierda" (1966), pero que había insinuado ciertos cambios formales en la escritura al emplear un lenguaje casi coloquial, con su libro "Vivario"(1971), pasa a encabezar junto a Skármeta esta generación innovadora y de gran fuerza narrativa. Délano es un diestro recreador de atmósferas, de situaciones límites. Sabe retratar esa humanidad desarraigada, brutal, compuesta por gente corriente o marginal, aportando un tipo de ternura, de ironía que no veja a sus personajes, de realidad alienante y veraz. Otro autor, Luis Domínguez, que con "El Extravagante" (1965) despertó laudatorios comentarios de la prensa chilena, textos más emparentados con la generación del 50 que a la que nos referimos, decayó notablemente con su primera novela, "Los Peces de Color" (1969), de frágil estructura y temática forzada, para en 1971 publicar "Citroneta Blues", enaltecedor libro de cuentos que incursiona en un lenguaje más creativo y renovado, y en donde el erotismo y la ironía se eslabonan y recrean atmósferas muy bien logradas. Fernando Jerez, autor que empezó a publicar muy joven, "Los Sueños Quedan Atrás" (1960), "Un Bachiller Extraño" (1958), "Déjame Tener Miedo" (1971), sorprende por su madurez literaria al publicar la excelente novela "El Miedo es un Negocio" (1973).

Jerez logra a través de la ficción develar la realidad brutal y desquiciadora, ironizando sobre determinados personajes que hemos palpado en diferentes oportunidades, valiéndose de un lenguaje variado, enriquecido constantemente por la mordacidad alienadora, por un constante girar entre la corriente de conciencia y la narración lineal, respetando y adecuando con acierto el lenguaje a la autenticidad de la anécdota. Bien lo expresa *Donoso Pareja: "un escritor de pulso nervioso, veloz, a partir del cual la mano corre fluidamente, como en un vértigo".* Y *Skármeta dice de él: "Jerez es un narrador al que le duele este mundo, y su libro tiene mucho de alegato. Posee especial olfato para oler sus soledades, sus cobardías".*

Otro autor muy prolífico como Manuel Miranda, sólo con sus últimos libros pasa a identificarse con la generación del 70, tales como "Y también los Cóndores" (1970), "El carruaje del Diablo" (1968) y "Muchachos, maten a papá" (1971). Autor de gran madurez literaria, logra crear atmósferas de una autenticidad poco vista en las letras chilenas. Lo variado de su temática, la validez de su lenguaje, lo sitúan entre uno de los escritores mejor dotados de su generación. Igualmente Hernán Lavín Cerda, conocido como poeta menor, sorprende con su libro de cuentos "La Crujidera de la Viuda" (1971), notable libro de cuentos que, a decir de un crítico, *"prolonga la revolución sintáctica iniciada por Joao Guimaraes Rosa, en que el verdadero sujeto de la narración es el lenguaje, un lenguaje vuelto música expresiva, concreta".*

Mauricio Wacquez, "Toda la luz del mediodía" (1965), "Excesos" (1969), nos transporta por los túneles del sexo sin estridencias, provisto de un lenguaje más tradicional y esmerado, con un notable dominio del lenguaje coloquial; Antonio Avaria es, quizás, el escritor de este grupo con más influencias europeas. Posee

un lenguaje cuidado, excesivamente purista y descriptivo que, por momentos, lo hacen perder en espontaneidad, tan característica de esta generación. El tratamiento psicológico de sus personajes nos recuerda irremediablemente a Proust. Adolfo Couve, que sorprende con un libro de temática y estilo muy personal, "En los desórdenes de Junio" (1970), "El Picadero" (1974); Eugenia Echeverría, "Las Cosas por su nombre" (1967); Rodrigo Quijada, "Graduación" (1979); Juan Agustín Palazuelos, "Según el orden del tiempo" (1968); Carlos Santander, "Escafrandas" (1968); Hernán Castellano Girón, "Kraal" (1965); Ramiro Rivas, "El Desaliento" (1971); José Rosasco, "Ese verano y otros Ayeres" (1974); Ariel Dorfman, Víctor Torres, Ernesto Malbrán, Salomón Mekled, Carlos Morand, Alejandra Gutiérrez, Guido Eytel, Raimundo Chaigneau, Carlos Ossa y tantos otros autores inéditos, aún, son títulos más que suficientes para conformar y anunciar una rica generación literaria que la crítica especializada debería considerar. Todo esto sin mencionar lo publicado a lo largo de esta década en el exilio y en el país, que da tema para otro artículo.

Lanzamos la primera piedra. Y como corolario y anticipándonos a una posible ironía crítica de nuestros lectores, citaremos las curiosas palabras de un escritor joven venezolano, *Francisco Massiani,* al referirse a la narrativa contemporánea: *"Pero llegó el día en que el escritor le importó más la forma de contarlo, que lo que podía o no contar, y se puso con jeringas, y tijeras, y a cambiar una palabrita por acá, y otra más arriba, y bla, bla, bla, hasta que llegamos a nuestro siglo y todo lo que se escribe es un asco".*

Ariel Dorfman, autor inédito una rica generación literaria.